

E. MIRET MAGDA LENA

Todas las grandes instituciones humanas —y la Iglesia lo es en exceso— tienen que terminar por adaptarse a los «signos de los tiempos» si no quieren perecer o, al menos, quedar reducidas a la mínima expresión.

De ahí que, se quiera o no se quiera, poco a poco se va cediendo en la Iglesia a cosas que hace unos años parecían imposibles.

Una de ellas es la composición del Colegio Cardenalicio, en el cual los italianos cada vez están en minoría más clara y evidente. Por supuesto que esto no es suficiente, pero algún cambio se ha dado. En 1910 había en la Iglesia 31 cardenales italianos y 10 no italianos, y por sí fuera poco este desequilibrio, fuera de Europa no había nada más que un solo cardenal. Podría decirse que, externamente, la Iglesia era romana en el sentido más literal y étnico de la palabra. En el año 1939, las cosas variaron con Pío XII, llegando a un equilibrio más razonable, sobre todo en 1958, en el cual los italianos, los demás europeos y los no europeos estaban igualados. Pero pronto se desfasó ligeramente el equilibrio a favor de los italianos en el año 1963. Y ha tenido que llegar el año 1973 para que los no europeos superen a los europeos, al menos en una unidad. Es la primera vez que los cardenales de fuera de Europa están en franca mayoría respecto a italianos y otros europeos.

Lo que resulta sorprendente es que el Papa, que teóricamente tiene toda la autoridad máxima de la Iglesia, no se haya atrevido a decidir claramente que los patriarcas orientales y otros obispos participen en la elección del futuro Papa, sólo se ha atrevido a decir que puede haber la posibilidad de asociar a otros dirigentes espirituales de la Iglesia en la elección del Papa. Casi siempre ocurre igual: para lo que sería bueno usar de su autoridad, no se usa, y se hace uso de ella cuando menos conviene. Todo este avance es mínimo —como se ve—, en comparación de lo que sería necesario realizar.

Lo mismo se diga de las relaciones del Vaticano con los países de detrás del telón de acero. En la prensa de hace unos meses conocimos las tímidas gestiones indirectas realizadas con la China continental. Y del mismo modo hemos ido sabiendo de las gestiones diplomáticas, moderadísimas, realizadas en estos años con varios países del Este, como Polonia y Checoslovaquia.

Todo ello ha culminado en el nombramiento de cuatro obispos checoslovacos nuevos,

a cuya consagración asistieron más de dos mil personas en la iglesia barroca de San Emerano, después de muchos años en que esto no se podía realizar. Incluso esta ha sido la primera vez, desde hace veinticinco años, que ha sido consagrado en ese país un obispo de acuerdo entre la Santa Sede y el Gobierno checoslovaco. La noticia tiene evidentemente alguna importancia, aunque sea una noticia insuficiente, porque todavía quedan seis o siete vacantes por cubrir en ese país.

Más importante ha sido el viaje de monseñor Casaroli, secretario del Consejo de Asuntos Públicos de la Iglesia, a Praga. De resultados de este viaje, en el que habló con el viceprimer ministro, Lucan, parece que las relaciones futuras van a solucionarse en un porvenir no muy lejano.

ADAPTACION DE LA IGLESIA

También es interesante conocer que monseñor Charles Moeller ha sido nombrado secretario del Secretariado para la Unión de los Cristianos y, por fin, accede a un puesto de responsabilidad este gran sacerdote y abierto pensador católico, que estaba en una vía muerta desde que lo habían nombrado subsecretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, sin poder hacer nada prácticamente y pudiendo influir muy poco en la marcha de este discutido dicasterio romano, que antes se llamaba Santo Oficio y que lo mejor que podría hacerse es suprimirlo. Ahora el ecuménico y abierto monseñor Moeller podrá influir un poco más dentro del gran mecanismo burocrático de la Iglesia, aunque esta noticia resulte como una pequeña gota de agua echada al mar.

También hemos recibido la noticia que en la reunión general de la Congregación para el Clero se ha tratado de dos cuestiones que inquietan cada vez más a los católicos, porque su planteamiento actual está totalmente desfasado de la realidad vital de los creyentes. Es el precepto canónico de asistencia a Misa los días festivos y domingos, así como el modo de resolver el sostenimiento económico del clero.

La nueva mentalidad y las costumbres del mundo actual hacen quedar desfasada la legislación de la Iglesia sobre el cumplimiento dominical. Y somos muchos los que, creyentes convencidos, sin embargo, no podemos entender la interpretación legalista que todavía se da en la Iglesia a estos actos y ceremonias religiosas. La Iglesia tiene que plantearse con claridad este tema, y resolverlo adaptándose a la realidad viva del mundo actual. El hecho de plantearse la Congregación del Clero todavía no quiere decir, ni mucho menos, que esté resuelto, pero al menos revela que la Iglesia ya no puede dejar orillado este asunto, como otros muchos a los que no puede volver la espalda o esconder la cabeza debajo del ala, como el avestruz. La realidad, se quiera o no se quiera, tiene que imponerse, como muy bien apreció Juan XXIII al propugnar para la Iglesia el captar y seguir los «signos de los tiempos».

Pero Iglesia somos todos los creyentes, y no solamente los estamentos alto-eclesiásticos de que he hablado.

Ejemplo de ello son los documentos sobre el aborto, el divorcio, los emigrantes y el sistema económico de Occidente, que se han planteado los católicos suizos y los católicos holandeses, haciéndose eco de ello la propia jerarquía eclesiástica, sin asustarse para nada del realismo con que los creyentes empiezan a enfrentar toda suerte de problemas del mundo actual, en vez de seguir reiterando frases abstractas, que nada resuelven en la problemática nueva de la sociedad actual. No quiere esto decir, como piensan los ultraconservadores, que estos católicos extranjeros hayan perdido el sentido de la responsabilidad moral; precisamente es todo lo contrario, porque en vez de contentarse con frases hechas repetidas mecánicamente, intentan comprender los nuevos problemas y las nuevas dificultades en torno a la natalidad, la familia, la estructura económico-social y la sexualidad, y así son humanos y, por lo tanto, cristianos.

Lo que es triste es ver el desfase que existe entre los dirigentes espirituales y el pueblo creyente, que cada vez es más activo y consciente del nuevo planteamiento que la Iglesia tiene que hacer de muchos problemas, y no solamente conformarse con una adaptación demasiado lenta y siempre a destiempo, que es lo que está haciendo todavía.